

Mateo 20:17-28

Sermón Mateo 20:17-28 Cuaresma 4, 2001

Mientras subía Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte y les dijo por el camino: «Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará». Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: —¿Qué quieres? Ella le dijo: —Ordena que en tu Reino estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús, respondiendo, dijo: —No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos le respondieron: —Podemos. Él les dijo: —A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre. Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos. Entonces Jesús, llamándolos, dijo: —Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos. Mateo 20:17-28

Seamos grandes en servir

Así lo fue nuestro Rey

Está en camino a Jerusalén con sus discípulos por última vez

Les anuncia otra vez su muerte y resurrección

Ahora con un sentido de urgencia

Ahora con más detalles que nunca

Su muerte es el gran servicio que el rey hace por la humanidad

Da su vida

Así rescata a los condenados

Así quiere que seamos en relación con los demás

Los discípulos todavía no comprendían el camino a la grandeza

La madre de Jacobo y Juan pide que reciban puestos de alto honor

Jesús les pregunta si pueden beber su vaso

Ellos le aseguran que sí

Les dice que así será, pero no por su propia fuerza

Jacobo fue después decapitado

Juan sufrió persecución, prisión y exilio

Los otros discípulos se enojan con Jacobo y Juan

Muestra que su manera de pensar es igualmente errado

Ellos también piensan en términos de gloria y privilegio

Jesús les dice que el reino de Dios no es como los reinos terrenales

En ellos buscan dominar y señorearse de los demás

En su reino el mayor es el que sirve

En esto realmente siguen las pisadas de su Redentor

¿Quién no quiere ser grande? Hay algo en todos nosotros que quiere destacarse, obtener la ventaja. La competencia es una parte innata del ser humano. Las personas luchan por el éxito y por el dominio en la política, los negocios, el mundo del espectáculo, aún en la iglesia. Los motivos, sin embargo, usualmente son egoístas. Por eso el resultado por el general es opresión, celos, conflictos y otras fuerzas destructivas de la comunidad.

¡Qué diferente es nuestro Señor Jesús, el Rey de reyes, como se presenta en este texto! Jesús será glorificado, pero el camino a ello es el camino del humilde servicio, y quiere que nosotros le sigamos en esa humildad y espíritu de servicio. Meditemos en el tema: Seamos grandes en servir. I Así lo fue nuestro Rey. II. Así quiere él que seamos en nuestra relación con los demás.

Se acerca el fin. Éste es el último viaje de Jesús a Jerusalén. Hace un último intento de preparar a sus discípulos por lo que van a ver de allí a pocos días. Mientras subía Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte y les dijo por el camino: «Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará».

Dos veces antes les había hablado del asunto. La primera vez era tan chocante que Pedro trató de disuadirlo. Realmente las palabras de Pedro formaban una renovación del ataque de Satanás en el desierto, de modo que Jesús tuvo que reprenderlo y llamarlo Satanás. Una vez más, después de su transfiguración, Jesús volvió a decirles qué le iba a pasar. Esta vez los discípulos se quedaron tristes. Pero Jesús también había advertido a los discípulos que ellos también sufrirían. Ellos también deberían tomar su cruz y seguirle. Les recuerda esa verdad con las palabras “subimos a Jerusalén”. Él no va solo. Ellos lo acompañan.

Claramente les indica que no va a morir a pedradas. Más bien sería entregado a las autoridades gentiles y sería crucificado. No es ya alguna advertencia de un futuro vago e indefinido. Están en camino a esa muerte en ese mismo momento.

¿Pero por qué esa determinación para ir a Jerusalén cuando sabe que lo que le va a acontecer es una ignominiosa y cruel muerte? La respuesta está en el mismo propósito de Jesús en venir a esta tierra. Declara al final de nuestro texto: “el Hijo del hombre ... no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos”. Jesús vino para servir. El que es el soberano de todo adoptó la posición de un siervo, de un esclavo. “Se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7,8).

Se había hecho hombre no para aplastar a los pecadores por su divina autoridad, sino para obedecer la voluntad divina en lugar de los pecadores y luego asumir su culpa e ir a la muerte en pago por los pecados. Su muerte, entonces, es el clímax de una vida de servicio, de no buscar lo suyo, de sufrir lo que por

derecho no le pertenecía. Todo con el fin de “dar su vida en rescate por todos”.

El hecho es que todos estábamos esclavizados al pecado, al diablo y condenados al infierno. No hubo manera en que pudiéramos librarnos de esa condenación. ¿Cómo podríamos, cuando aun nuestras mejores obras son trapos de inmundicia? En realidad, aun los que ya creemos en Cristo diariamente pecamos mucho, de modo que si nuestra salvación dependiera de nosotros y nuestros esfuerzos, de la pureza de nuestra obediencia a Dios ahora después de ser convertidos, todavía sólo podríamos ganar el infierno con la impureza de nuestras obras. ¿Qué diremos, entonces, de los que abiertamente se mantienen en rebelión contra Dios y su voluntad, que rechazan su gracia y su amor y los echan en su cara en abierta desobediencia. Sin embargo, sería limitar demasiado el amor y el espíritu de servicio de Jesús si pensáramos que sólo vino para servir a los piadosos. Todo lo contrario. Vino para servir y dar su vida en rescate por todos.

Y porque hizo eso, nosotros y toda la humanidad hemos sido rescatados de la muerte y la condenación que tan justamente habíamos merecido. La muerte de Cristo fue el pago suficiente por los pecados de “todos”, para librarlos de su esclavitud y ponerlos en la comunión con Dios que Adán y toda la raza humana con él habían perdido a causa del pecado. Sin este rescate, obtenido por el humilde servicio de Cristo, estaríamos eternamente condenados, pero con él, por fe recibimos el perdón de los pecados, el privilegio de ser hijos de Dios, la herencia de la gloria celestial. Todo esto porque Jesús “no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos.”

Sin embargo, ahora Jesús quiere que este mismo espíritu de humilde servicio se apodere de los discípulos. El hecho de que esto no había ocurrido todavía es evidente por la petición de la madre de los hijos de Zebedeo y por la reacción de los demás discípulos a la petición. Ella vino a Jesús con una petición. Cuando Jesús le invita a repetirla, ella dice: “Ordena que en tu Reino estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda”. Buscaba adelantarse a los demás y obtener un privilegio y una autoridad especial en el reino de Cristo. Pensaba más bien en el mando que en la humildad y el sufrimiento y el servicio. Ella no estaba sola en hacer esta petición, puesto que el Evangelio de Marcos atribuye la petición directamente a los dos discípulos. Tal vez les había

impresionado lo que Jesús había dicho en el capítulo anterior: “De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido, también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel”. Lo cierto es que el verdadero significado de lo que Jesús acababa de decirles en el camino ese día no había hecho ninguna impresión en sus mentes. Por eso la reacción de Jesús: “No sabéis lo que pedís”.

Era cierto que llegarían a la gloria, pero ese camino también para ellos sería un camino de la cruz. “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”. Así que les preguntó: “¿Podéis beber del vaso que yo he de beber?” Es como si dijera: “Acabo de decirles lo que me va a acontecer en Jerusalén. Ustedes ni quieren pensar en ello, porque les parece tan horrible que es irreal para ustedes. Sin embargo, yo he escogido este camino, porque sin él ni ustedes ni nadie podrían tener ninguna gloria nunca. ¿Ustedes son capaces de hacer algo así?” Con necedad responden: “Podemos”.

La respuesta fue necia porque mostraba que ellos pensaban que eran capaces de hacer todo lo que sería necesario para lograr la gloria. No era una expresión de fe, sino de seguridad carnal, de confianza en sus propias fuerzas. Pero Jesús no entra en ese asunto por el momento. Sólo les dice que en verdad beberían de su copa. Y así fue. Jacobo fue decapitado por Herodes no muchos años después. Y Juan, aunque no fue matado por su fe en Jesús, fue perseguido, encarcelado y exiliado. Sin embargo no perdieron su fe. Pero eso no se debía a su propia habilidad ni fuerzas, sino al poder de Dios. Como dice Pedro: “sois guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final”.

La reacción de los otros discípulos revela que ellos comparten el mismo modo errado de pensar. Se enojan porque ninguno estaría satisfecho con un rango inferior. Se llenan de celos porque estos dos buscaban la preeminencia. No les debería haber molestado si ellos por su parte realmente se hayan dedicado a seguir los pasos de su Rey y Salvador.

Así Jesús tiene que enseñar a todos, y a nosotros, la diferencia entre el reino de Dios y todos los reinos terrenales. En los reinos terrenales, en donde por lo común se da rienda suelta a la naturaleza egoísta y no regenerada de los hombres, “los

gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad”. Uno pisotea al otro. Si es necesario para obtener un ascenso de puesto, los hombres están listos a traicionar a su más fiel colaborador. Lo que quieren es una situación en que todos tienen que hacerles caso y rendirles homenaje. Es frecuente que los que más se alardean de estar al servicio del país son los que más se sirven del país.

Sin embargo, Jesús dice que no será así en su reino. Allí la grandeza está en el humilde servicio. “Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo”. No deben buscar posiciones de honor y gloria. Deben buscar y aprovechar las oportunidades para servir. En otra ocasión Jesús había dicho: “Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió, porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ese es el más grande” (Lucas 9:48). También había asegurado a sus discípulos que el que diera un vaso de agua fría a un niño en su nombre no perdería su galardón.

Lutero menciona a Abraham como un buen ejemplo de esta actitud: “Notemos también la ley del amor y de la unidad. Abram fue el tío de Lot; fue el mayor; tuvo mayor prestigio debido a la promesa. Además, fue un sacerdote y profeta del Señor, y no le faltaba nada en cuanto a prestigio y autoridad. Sin embargo hizo caso omiso a todo esto, cedió su derecho y se puso al mismo nivel con su sobrino, quien estaba muy por debajo de él en edad, prestigio, influencia y posición. ¿No es esto lo que Cristo manda ... que el que es el mayor debe ser como el menor y el siervo de los demás?”¹

Al hacerlo estaremos siguiendo el mejor ejemplo de todos. Si sólo podemos estar en el reino de Dios porque Cristo se humilló a sí mismo y nos sirvió, ¿cómo podremos rehusar servir los unos a los otros? ¿Cómo podremos pensar que algún trabajo está muy por debajo de nuestra dignidad? ¿Cómo podremos negar prestar un servicio necesario sólo porque recibamos críticas o ataques cuando lo hacemos? ¿No hizo Cristo mucho más; no sufrió mucho más; no sirvió mucho más? Nuestro viejo hombre se rebelará, pero el nuevo hombre que es creado según Dios mirará el ejemplo de Cristo y su servicio y también lo contará un privilegio poder servir mientras Dios le permita hacerlo. Mirará a Cristo en este texto y se consolará con el servicio de Cristo y

se regocijará en la salvación que él obtuvo con su humilde servicio, pero luego verá a Cristo también como el mejor ejemplo para una vida de servicio. Después de todo, Cristo mismo es quien nos amonesta a servir “como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos.” Qué Dios nos dé fuerza de fe y amor para hacerlo. Amén.

1Luther, M. (1999, c1960). *Vol. 2: Luther's works, vol. 2 : Lectures on Genesis: Chapters 6-14* (J. J. Pelikan, H. C. Oswald & H. T. Lehmann, Ed.). *Luther's Works* (Ge 13:8). Saint Louis: Concordia Publishing House.